



EL VALS DEL DIABLO

I

Celia, desde el mirador de su casita, que es una de las mejores de la hacienda de "El Capulín," contemplaba el campo iluminado por la luna. La satisfacción de los anhelos cumplidos imprime al rostro de la joven, suave alegría. Va á casarse con don Germán Reveles, el dueño de la hacienda que, aunque viejo ya, es rico, muy rico. Ella será la soberana de aquella hermosa comarca, y no trueca tal dicha por la de vivir con Daniel, su novio, que, aunque joven y honrado, no le ofrece el porvenir que el millonario don Germán.

La brisa de la noche perfumada por las madreselvas que en exuberantes guías trepan al mirador, agita la blonda guedeja de Celia, cuya cabeza es de oro por dentro y por fuera.

De repente crujen las ramas del corpulento fresno que se eleva frente al mirador. La niña se estremece.

—¿Quién está allí? pregunta.

—Soy yo, Daniel, contestó un joven de alta y despejada frente, de afable sonrisa y de ojos cafés de tierno y hondo mirar.

—Pero ¿quién te ha traído aquí? ¿Qué quieres?

—Trájome mi amor, que es más grande que el cielo, más profundo que el mar, más firme que la virtud. Quiero que me digas si no me han engañado, si es verdad que vendes á don Germán tu hermosura y tu corazón.

—¡No me ofendas, Daniel!

—¡Ah! bien lo decía yo: te obligan á ese criminal enlace.

—Te engañas, me caso con él por mi voluntad.

—¿Qué dices?

—Que el vínculo que nos unía se ha roto para siempre.

—Pero, ¿es verdad lo que oigo?

—No insistas más, no me molestes, pues de lo contrario me veré obligada á pedir auxilio para que te arrojen de mi presencia.

—¡Ah, perjura! repuso Daniel con concentrado furor. ¡Dios se encargará de tu castigo! No se juega impunemente con los corazones sinceros.

En ese momento oyéronse al pie del mirador los primeros compases de un vals; empezaba suave, melancólico, traía recuerdos de perdida ventura; pero, al entrar la primera parte, aquella tristeza trocábase en apasionamiento, y Celia vió en su imaginación la cuna de la dicha mecida por un ángel del cielo. Dentro de aquella cuna estaba ella deslumbrante de belleza y de joyas.

Daniel, con espantados ojos contempló á su amada y díjole con voz profunda y solemne:

—La serenata que te da don Germán empieza con el vals del diablo; le he visto allí, entre las sombras. A él encomiendo mi venganza.

Dijo, y bajando rápidamente del Fresno, fuese corriendo, impelido por el terror.

Celia tuvo miedo y tembló.

—El vals del diablo, repetía.

Mas repuesta luego, rióse de su temor y exclamó:

—¡Ah, Daniel está loco!

II

Han pasado quince días de holgorio en la hacienda de "El Capulín." Don Germán ha echado la casa por la ventana antes de la boda, ¿qué será después?

Esta pregunta se hacen los invitados, que son muchos y de los más distinguidos de la cercana ciudad. Aun el elemento artístico ha dado muy buen contingente, á tal grado, que en los quince días transcurridos se ha ensayado nada menos que una ópera y no una ópera cualquiera, sino Fausto, la inmortal obra de Gounod, la cual se cantará esta noche.

En uno de los extensos bodegones de la casa de don Germán, se ha improvisado un teatro. Los primeros profesores de la ciudad han sido llamados para formar la orquesta. Entre los actores está Giovani, un maestro de baile que ha aprovechado bien el tiempo, pues Celia empenóse en que le diera algunas lecciones y la niña ha adelantado notablemente. Ya no tiene aquel cursi encogimiento para bailar; su postura es artística y su estudiado donaire parece el más natural del mundo.

Algunos cuentan que el tal maestro de baile es un aventurero, y que formó parte de una compañía de ópera, pero hasta hoy sus amigos nada tienen que echarle en cara. Unos dicen que es vasco, otros que portugués, pero él afirma que es italiano.

Ha tratado á Celia con toda clase de consideraciones; pero la mira mucho, mucho, sin duda más de lo que un maestro debe mirar á sus discípulas. Sólo una vez le dió la lección sin hablar ni una palabra.

sin siquiera saludarle ni despedirse, cosa muy extraña en el maestro. Y durante la lección tuvo la mirada fija como de loco, y estaba intensamente pálido.

III

Llegó por fin el suspirado día de la boda. En la casa grande hubo un festín en comparación del cual las bodas de Camacho no valieron un comino. Don Germán sacó á relucir la valiosa vajilla de plata y la champaña y los añejos vinos corrieron en desbordante raudal por las gargantas de los comensales.

En la tarde acordóse por aclamación, ir á bailar al campo. Se eligió un lugar pintoresco á orillas de la quebrada. Formaban ésta la meseta donde estaba el casco de la hacienda y una montaña situada al frente, desde donde por una angosta cañería sostenida por postes, venía el agua para regar las huertas.

Celia, vestida de blanca gasa y con una rosa también blanca prendida en el peinado, estaba deslumbrante de belleza, y D. Germán loco de alegría.

Todos bailaron hasta quedar rendidos.

Sonaban las primeras notas de la última pieza, y Celia se estremeció de miedo. Era el vals aquél que había oído Daniel.

Los bailadores, más ó menos alegres, hallábanse en animada conversación, cuando un caballero, vestido de Mefistófeles, mezclóse entre las señoras, estrechó la cintura de la novia, púsose en actitud de bailar y con maestría dió los primeros pasos del vals. Celia parecía paralizada por el pavor, inclinó la cabeza sobre el hombro de Mefistófeles y maquinalmente bailaba también.

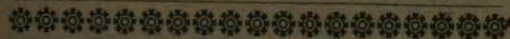
Los convidados, mudos por la sorpresa, abrieron paso á la pareja que bailaba ya vertiginosamente; pero lanzaron un grito de espanto cuando se dirigió hacia la quebrada. Corrieron tras ella, pero era tarde; la pareja, guardando perfectamente el equilibrio, bailaba sobre la frágil cañería.

De repente la viga cruje, quíéprase y Celia y Mefistófeles, todavía moviendo los pies en el aire al compás del vals, caen en el fondo del abismo.

IV

Pocos días después, un periódico de la ciudad publicaba la siguiente noticia: "Trágica muerte del maestro Giovani. El apreciable maestro murió el jueves próximo pasado en la hacienda de "El Capulín;" la muerte del inteligente profesor

y de la estimable señorita Celia Romero, fué verdaderamente trágica. La vispera, el maestro Giovani había hecho el papel de Mefistófeles en la ópera "Fausto;" llegó á su casa á la madrugada, recostóse en el lecho y se durmió sin haberse desnudado. Todos sabemos que Giovani era sonámbulo, y dormido se levantó por la tarde y fué al baile campestre con que se celebraba la boda del honorable capitalista Don Germán Reveles con la encantadora señorita Romero. Sin que los concurrentes se diesen cuenta del estado del maestro, éste se presentó de improviso vestido aún de Mefistófeles y púsose á bailar un vals con la novia, á quien condujo á un precipicio donde cayeron ambos, muriendo casi instantáneamente. El señor Reveles está inconsolable y los rancheros atribuyen el trágico suceso á diabólica intervención, y hasta los niños, cuando se les pregunta qué fué de Celia, responden: Se la llevó el diablo. Los vecinos de "El Capulín" llaman ya á la cañada donde se verificó el terrible suceso: "La quebrada de Mefistófeles."



CADENAS DE ORO

I

—Vamos, Padre, el caso es grave y no hay tiempo que perder, decía un muchacho, muy despabilado, á un fraile dominico en la sacristia de Santo Domingo, al obscurecer de un día en que los aguaceros torrenciales habían semiinundado la ciudad de México.

—El coche le espera á la puerta del templo; creo que dentro de treinta minutos estará de vuelta su paternidad.

Fr. Martín veía al muchacho de pies á cabeza, temeroso quizás de un chasco, y por fin le preguntó:

—¿A quién voy á confesar?

—No lo sé: el señor que está en el coche me encargó llamara á usted y díjome lo que acabo de exponer á su paternidad.